

de la capital no enviaba al fin fuerzas en su socorro. Los sitiadores, comprendiendo la importancia de apoderarse de Puebla, atacaban con vigor; y aunque los sitiados oponían una vigorosa defensa, los primeros iban adquiriendo ventajas bastante notables. Los combates se repetían sin cesar, y en uno verificado el 19 de marzo, fueron gravemente heridos los generales imperialistas Calderon y Prieto.

La situacion de los defensores de la plaza era cada vez más angustiosa; y el general D. Manuel Noriega, dirigió nuevas y repetidas comunicaciones al ministro de la guerra, indicándole los serios temores que abrigaba de que la ciudad se perdiera, sinó se enviaba para salvarla un pronto y eficaz auxilio.

Este era el estado de la cosa pública, cuando el general D. Leonardo Marquez llegó á Méjico el día 27, representando la persona del emperador, como su lugarteniente. Desde el día anterior á su llegada, recibió en el camino, de parte del ministro de la guerra D. Nicolás de la Portilla, una comunicacion del general don  
1867. Marzo. Manuel Noriega fechada en Puebla el dia 22, en que volvía á repetir la necesidad que la plaza tenia de ser socorrida lo más pronto posible. La comunicacion decía así:

«Excelentísimo Sr.—Ayer tuve la honra de dirigir á V. E. la siguiente comunicacion:—«A mi comunicacion fechada y cerrada ayer, tengo hoy la honra de agregar á V. E. que se solemnizaron debidamente las prósperas noticias que se sirve comunicarme del interior. El enemigo progresa en sus avances por horadaciones en toda la cir-



DON LEONARDO MARQUEZ

de la capital no enviaba al fin fuerzas en su socorro. Los sitiadores, comprendiendo la importancia de apoderarse de Puebla, atacaban con vigor; y aunque los sitiados oponían una vigorosa defensa, los primeros iban adquiriendo ventajas bastante notables. Los combates se repetían sin cesar, y en uno de ellos el 19 de marzo, fueron gravemente heridos los generales republicanos Calderón y Pineda.

La situación de los defensores de la plaza era cada vez más angustiosa; y el general D. Manuel Noriega, dirigió nuevas y repetidas comunicaciones al ministro de la guerra, implorándole auxilios y recursos que abrigaba de que la plaza se entregara. El gobierno le enviaba para salvarla un

regimiento de artillería, cuando el general D. Nicolás de la Cruz, el 27, representó al gobierno, como su departamento. El general D. Nicolás recibió en el camino, una comunicación del general don Manuel Noriega fechada en Puebla el día 22, en que volvió a repetir la necesidad que la plaza tenía de ser socorrida lo más pronto posible. La comunicación decía así:

—Ayer tuve la honra de dirigir á V. E. la siguiente comunicación:—«A mi comunicación fechada y enviada ayer, tengo hoy la honra de agregar á V. E. que se ultimaron debidamente las prósperas noticias que se recibían en el interior. El enemigo progresa en sus operaciones por horadaciones en toda la cir-



DON LEONARDO MÁRQUEZ

GENERAL MEXICANO.

conferencia de mi línea, y hoy tuvo que ceder el punto avanzado de la Merced la tropa que lo defendía, lo que puede auxiliarnos á los defensores del centro de la plaza de las dos fortalezas; ya sabe V. E. que tengo dos generales heridos, muerto el jefe de uno de los dos únicos batallones de esta guarnicion, que mi escasez de jefes, oficiales y todo recurso de defensa es apremiante, pues no es hoy Puebla la del año de 1856: su poblacion es hostil é indiferente; me son indispensables diez mil pesos girados contra Veracruz, y aún mis municiones á lo más me alcanzarán para seis días: es absolutamente importante el violento refuerzo que V. E. me promete. Dios guarde á V. E. muchos años.» «Hoy debo agregar á V. E. que anoche incendió el enemigo una manzana, habiéndose consumido completamente el teatro que en ella estaba construído; sigue su movimiento de circunvalacion y con constancia sus trabajos de horadacion: despues de cuatro días de rotos los fuegos ni un solo peso tengo ni puedo conseguirlo; mis recursos todos de elementos terminan, y mi situacion es desesperada. V. E. se dignará atenderme; tambien tengo la honra de acompañar á V. E. una de mis comunicaciones del 19, que devolvió el correo empleado, manifestando no haberle sido posible continuar su camino.—Dios guarde á V. E. muchos años, etc.—El general en jefe, *Manuel Noriega*.—E. Sr. ministro de la guerra.»—Y tengo el honor de trasladarlo á V. E., á fin de que como jefe del Estado Mayor general y del 2.º cuerpo de ejército tenga conocimiento de lo que en Puebla pasa y pueda providenciar aquello que tan críticas circunstancias requieren y sea

posible.—Protesto á V. E. las seguridades de mi distinguida consideracion.—El ministro de guerra, Portilla.—E. S. general D. Leonardo Marquez, jefe del Estado Mayor del ejército.—Presente.»

Puesta en conocimiento del lugarteniente D. Leonardo Marquez, por el ministro de la guerra D. Nicolás de la Portilla, la comunicacion que precede, se trató inmediatamente de marchar en auxilio de la guarnicion de Puebla. D. Santiago Vidaurri, Marquez y todos los ministros consideraron que, á la toma de aquella ciudad por los republicanos, seguiría inmediatamente la marcha del general D. Porfirio Diaz sobre la capital, sin dar tiempo á que se enviasen al emperador los recursos que necesitaba, puesto que para reunir estos era preciso más tiempo que el que tardaría en caer Puebla en poder de las tropas liberales, si no era socorrida inmediatamente. Con efecto, la caja del tesoro se hallaba sin un solo duro en aquellos momentos. Al llegar D. Leonardo Marquez á la capital, no había ni aun socorro para la guarnicion. D. Santiago Vidaurri, al encargarse del ministerio como lo había dispuesto Maximiliano, se encontró sin dinero para atender á los gastos precisos de la administracion, y con un pro-

1867. yecto para imponer un préstamo forzoso que,

Marzo. antes de haber llegado con Marquez, había formado el gabinete anterior, de acuerdo con D. Teodosio Láres, que estaba encargado del gobierno, y cuya providencia fué dictada por la más imperiosa necesidad. Preciso era, por lo mismo, que para reunir las grandes cantidades que se tenía que enviar á Querétaro, transcurriesen muchos días; y como ese tiempo era suficiente,

como he dicho, para que sucumbiera Puebla y se hallara el ejército de D. Porfirio Diaz sobre la capital, en cuyo caso esta sucumbiría tambien porque no tenía de donde recibir auxilio, dando por precisa consecuencia la inmediata caída de Querétaro, D. Leonardo Marquez determinó salir en su auxilio. Tenía la conviccion de que si la guarnicion se sostenía mientras él llegaba, la faz de la cosa pública cambiaría completamente en favor del imperio. Su plan, como él mismo dice en un manifiesto suyo, era llegar en socorro de la plaza antes que esta sucumbiera; batir á los sitiadores con las excelentes tropas que llevase y las de la guarnicion que harían una salida; salvada así la fuerza de la plaza y el crecido número de cañones de grueso calibre que en ella había, así como los demás pertrechos de guerra existentes, regresar á la capital con todo, concentrando en ella cuantos elementos eran necesarios para hacer la campaña; y como una vez derrotadas en Puebla las tropas de D. Porfirio Diaz, no podía verse amagada seriamente Méjico, levantar fuerzas que quedasen de guarnicion, y con todas las demás que se habrían aumentado con los soldados prisioneros hechos en la accion, y con un numeroso tren de artillería, suficiente dinero y abundantes municiones, marchar en auxilio de Querétaro, obligando á los sitiadores á levantar precipitadamente el campo.

El movimiento meditado por el general D. Leonardo Marquez era, como se ve, absolutamente militar, estratégico y de notables resultados para la causa imperialista si llegaba á tiempo en socorro de Puebla. Los mismos liberales lo juzgaban así; y, por lo mismo, deseaban que

la plaza cayera en poder de D. Porfirio Diaz antes de que

1867. D. Leonardo Marquez auxiliase á su guar-  
 Marzo. nicion. El general republicano Gonzalez, testigo de los hechos en el campo liberal, califica el movimiento del lugarteniente de Maximiliano como el único que podía dar á las tropas del imperio el triunfo sobre las republicanas. En un remitido que envió á un periódico de la capital el 15 de Setiembre de 1867, decía, que á ser rechazado en Puebla D. Porfirio Diaz, «Marquez, quince dias despues se habría presentado sobre Querétaro con catorce mil hombres y sesenta ú ochenta piezas de artillería, y el general en jefe del ejército del Norte que operaba sobre aquella plaza, se hubiera visto obligado á levantar el sitio y emprender su retirada fraccionando su ejército.»

El baron del Lago, representante de Austria en Méjico, sin detenerse á examinar si el pensamiento del general D. Leonardo Marquez estaba ceñido á las reglas del arte militar, y sufriendo sin duda un error involuntario nacido del afecto que profesaba á Maximiliano, dice en una carta, escrita el 23 de Junio de 1867, que «el emperador le dijo que el general Marquez no había estado nunca autorizado para ponerse en marcha sobre Puebla, sinó que había recibido orden de pasar, con la guarnicion de Méjico y las sumas depositadas en esta ciudad á Querétaro.»

No quiero dudar que el baron de Lago entendiera que el emperador le había dicho lo que asienta; pero como entre un aserto que puede provenir de una frase mal comprendida y un documento oficial, el escritor de conciencia

debe atenerse á éste, porque así no puede engañarse, yo me considero en el deber de creer que el respetable baron de Lago interpretó acaso mal alguna frase del emperador, cuando las cartas dirigidas á D. Carlos Sanchez Navarro y al capitán Schaffer, así como la que en blanco dió al general Marquez y que el lector conoce ya, demuestran de una manera clara, que iba facultado ámpliamente para obrar como más conveniente juzgase para los intereses de la causa del imperio. Si sumas depositadas hubiera habido en Méjico y el objeto de Maximiliano sólo hubiese sido enviar á recogerlas y volver inmediatamente con ellas y la guarnicion de la capital á Querétaro, habría sido inútil que nombrase lugarteniente á D. Leonardo Marquez, ni

1867. que mandase cambiar los ministros, ni en-  
 Marzo. viar á D. Santiago Vidaurri como ministro de hacienda, á fin de que arreglase ésta y fuese enviando sucesivamente las cantidades necesarias para el pago de las tropas.

Para la simple operacion de recoger lo existente, le habría bastado al emperador enviarle únicamente como general, dando aviso al presidente del Consejo de Ministros, que la orden que llevaba no se extendía á más. Pero nadie mejor que Maximiliano sabía que no existían en las arcas del tesoro sumas depositadas, puesto que presencié al salir de la capital para Querétaro, las dificultades que hubo para conseguir la insignificante cantidad de dinero con que atender á los gastos de la corta columna que llevaba, y cuando precisamente cambiaba el ministerio por que le creía falto de energía y de actividad para enviarle recursos, quejándose muy especialmente, como asegura